

El Eco de la Montaña,

Donatiu de Berga Boada

Periódico semanal, defensor de los intereses de Olot y su Comarca.



PRECIOS DE SUSCRICIÓN.	En toda España, trimestre.	Plas. 1'50
	» » » año	5'00
ANUNCIOS.	Los suscritores, línea.	0'05
	Los no suscritores, »	0'10
NÚMEROS SUELTOS.		0'15
REMITIDOS.	Precios convencionales.	

Olot 11 de Diciembre de 1892.
Año I. Núm. 24.

Para suscripciones y demás, dirigirse al Administrador o bien á la librería de Juan Bonet, calle Mayor, núm. 3, Olot.
No se sirven suscripciones ni se insertan anuncios que no estén adelantado su importe. — Tampoco se admitirá escrito alguno que no vaya firmado por su autor. Insértese ó no, no se devuelven originales.

De la colaboración particular de EL ECO DE LA MONTAÑA.

LA INSTRUCCIÓN PUBLICA Y NUESTROS POLÍTICOS.

Cayó el antiguo orden de cosas.

Aquel colosal Monumento, obra de los siglos, levantado con los brazos y las fuerzas de todas las edades y de las generaciones todas; aquel vasto edificio, construido á tanta costa por todos los esfuerzos, con todos los sacrificios y por las influencias todas de los tiempos, desapareció para ceder el puesto á otro orden de cosas; para infundir otra clase de vida á las sociedades, para comunicar otra manera de ser á los pueblos y á las naciones todas.

¿Y por qué cayó aquello y vino esto? ¿Cayó aquello por viejo y ruinoso á fuer de tanto vivir, como cae impotente la decrepitud en la vida humana; ó bien, cayó por vicios añejos y enfermedades inveteradas que minaban su existencia, como el virus tísico consume la vida del hombre? ¿Cayó, porque había recorrido la humanidad otra de las fases de su vida histórica, ó porque los abusos empezaron á ingerir en sus visceras la degeneración y acabaron por revelar la gangrena senil?

De todo hay en ello.

La escuela católica está muy por encima de todas las escuelas y de todos los sistemas que tratan de explicar este resorte secreto, que como el espíritu en el cuerpo humano, determina todos los actos y mueve todos los hechos que integran las grandes acciones y los grandes movimientos históricos de la vida de la humanidad. Y la escuela católica, con la seriedad que le dan sus siglos de existencia y la divinidad de su doctrina, con la autoridad que le dan sus grandes victorias sobre las crisis supremas que ha sufrido el mundo y su imponente misión en la tierra, ha enseñado á sus fieles el dogma consolador de la Providencia.

La escuela filosófica, la escuela racionalista, que ha sentido también palpar en las entrañas de todas las manifestaciones históricas y en todos los pasos de la humanidad á través de los tiempos, un espíritu, un alma, una influencia superior á ella, que la mueve y la dirige, establece sus teorías sobre la ley histórica ó la razón de los hechos.

Pues bien. La Providencia de nuestra escuela católica, ó la razón histórica de los hechos de la escuela racionalista, así lo quisieron porque había sonado la hora.

Y así ha acontecido siempre. Las edades y las civilizaciones se suceden unas á otras á través de la historia de los pueblos, ó porque se habían contaminado, ó porque habían cumplido la misión que les había señalado la Providencia.

La raza goda, bajando joven y robusta de las heladas regiones del Norte, cae sobre los corrompidos miembros del espirante imperio romano y echa los cimientos de su poder y de su dominación, sobre los mismos escombros de la España latina, disipada, anémica y destrozada.

La raza sarracena, exaltada por la fiebre que le enciende un rayo religioso y le agita sus miembros, irrumpe fuerte y vigorosa la España goda á la que encuentra débil y envilecida por sus vicios, y empujándola hasta los últimos confines del reino, la deja rota y dispersa, enseñoreándose de toda la Península.

La parte sana que quedaba de la nación vencida, echada durante la catástrofe sobre los picos y las cimas de las últimas cordilleras pirenaicas, allí se solea, se airea y se oxigena; y, purificada ya de sus vicios y de sus crímenes, vuelve á sentir las puras emociones de celo religioso y amor patrio, se siente otra vez fuerte y grande, y cae contra la raza dominadora que descansaba afeminada y voluptuosa entre los placeres de la paz y los vicios de la holganza, y levanta la España de la Reconquista con su feudalismo y su fraccionamiento nacional, sobre las cenizas del Poder musulmán, enervado y cobarde por el sensualismo de sus harenes.

La España de los reyes absolutos, cansada del continuo batallar mutuo de los héroes de la Reconquista, erigidos por sí en señores de horca y cuchillo, irritada del estado permanente de guerra que asolaba el suelo patrio, echa el guante á la España feudal, logra imponérsela y se entroniza sobre aquella sociedad desangrada y debilitada por sus perennes rivalidades.

He aquí una serie de fases y edades de nuestra vida histórica nacional; he aquí una serie de dominaciones que se suceden unas á otras á través de los siglos, cuando la corrupción ha envenenado su sangre; ó cuando la misión histórica que les señalara la Providencia quedaba cumplida.

Y conste que todas ellas tuvieron su cuna legítima; todas ellas respondían á una necesidad histórica de momento; todas ellas traían una misión que cumplir y la cumplieron bien en el preciso momento histórico de su aparición y mientras era necesario y conveniente á los altos destinos de la humanidad. Pero, después ¡oh misterios de la Providencia!, una vez cumplida su misión, quedaba de elemento inútil; y como inútil, ocioso; y como ocioso, viciado; y como viciado, nocivo; y como nocivo, herido de muerte y borrado de la vida.

Así cayó la edad antigua y así se desmoronó el antiguo orden de cosas. Lo quiso la Providencia.

Pero, nosotros asistimos á otra de esas grandes fases de la humanidad. Nosotros asistimos, y somos testigos presenciales de la última de la serie de las grandes fases que elabora la Historia, transformando pueblos y naciones; y quizá asistimos á la mayor de todas ellas. ¡Hoy se elabora el mundo moderno!

En el mundo antiguo, la vida de las naciones se comunicaba de arriba á abajo; el pueblo obedecía á los de arriba y los de arriba eran la voluntad que mandaba y los de abajo los brazos que ejecutaban; el rey reinaba y gobernaba. En el mundo moderno, la vida se mueve de abajo á arriba; los de arriba obedecen á los de abajo y los de abajo vienen á ser la voluntad que manda y los de arriba los brazos que ejecutan; el rey reina, pero no gobierna.

El Estado era antes el rey, con su corte, su aristocracia, sus favoritos. El Estado es hoy la Nación, con sus Cortes, su Prensa, sus partidos políticos. Este destruyó á aquel y se puso en su lugar. Ved ahí la nueva faz histórica de la sociedad, la gran transformación de los pueblos, la gran oposición entre unos y otros.

¿Y qué misión traen estos, cómo la entienden y cómo la cumplen? He aquí lo que debemos estudiar.

Aucho campo se abre á nuestra vista, y, fuerza es decirlo, los más crueles desengaños apenan nuestro espíritu.

Todas las faces y dominaciones que hemos recorrido hace poco, han seguido ese curso regular de la vida humana. Todas han tenido su juventud, su virilidad, su senectud. Todas han tenido su período de gloria, su edad de oro, su época de decadencia.

Mal ha andado el nuevo Estado; desde los primeros tiempos de su aparición en el teatro de la historia y peor ha seguido el curso de sus primeros pasos en el desarrollo de su vida. El Estado actual, pretestando ser el mejor de los Estados, creyéndose haber dado solución al problema pavoroso que ha agitado siempre á los pueblos, porque ha fundado su poderosa máquina sobre la base firme de la soberanía nacional y la ha dado por reguladores los dos grandes principios de la igualdad civil y de la igualdad política, ha degenerado con una rapidéz vertiginosa en una decrepita oligarquía política que consume las fuerzas de la nación, gasta el prestigio de sus ideales, se hace sospechosa á los hombres de valer, y, lejos de ser la panacea y el elixir de las llagas y de la miseria del pueblo, revela ella misma síntomas alarmantes de una enfermedad crónica de terribles consecuencias para las sociedades, para las naciones y los pueblos.

Mal cumple, pues, su misión el nuevo Estado, esta oligarquía política que se ha apoderado del gobierno de las naciones, después de haber destruido el mundo antiguo y habérsenos anunciado como apóstol y profeta inspirado del mundo moderno. Muy mal la cumple, si funda casi toda su existencia, su prestigio y su razón de estado, en una ridícula parodia del régimen caído y de las viejas instituciones. Muy mal ha hecho, si ha cifrado su gloria en poder repetir, rodeado de la antigua pompa cortesana, de aquel aparatoso ceremonial palaciego, del oro faustoso de las antiguas dinastías de ley, del séquito gallardo de